

Las posibilidades que nos ofrece la ciudad para la aplicación arquitectónica son variadas y, a la vez, identificadoras del protagonismo que van a tener. Por supuesto, las premisas ideológicas van unidas a su finalidad de trabajo. La representatividad que del edificio pueda emanar resulta a veces trascendental. Su propia jerarquización vendrá marcada por los contenidos constructivos. Así pues, la relevancia y el porte académico, que en este caso abordamos, irá ligado indiscutiblemente a la identificación del propio edificio como tal.

El rostro es el espejo del alma, la arquitectura que representa cualquier institución pone de manifiesto la propia personalidad del centro (DF.1).

Los caminos expresivos que se pueden elegir, lógicamente, son múltiples y variados. El oficialismo, la solidez, la perseverancia, el anonimato, el simbolismo o la monumentalidad son formas de adecuación al espíritu de lo representado.

Obviamente, el Colegio Leonés busca unas huellas culturales. Esto supone la adopción de conceptos de arquitectura contemporánea sin que se dé de una manera coyuntural sino prolongada, buscando el reconocimiento futuro y perenne. En muchos casos esta síntesis de fondo y forma es duramente criticada por ciertos urbanistas

UN APUNTE PARA
UNA EFEMÉRIDES

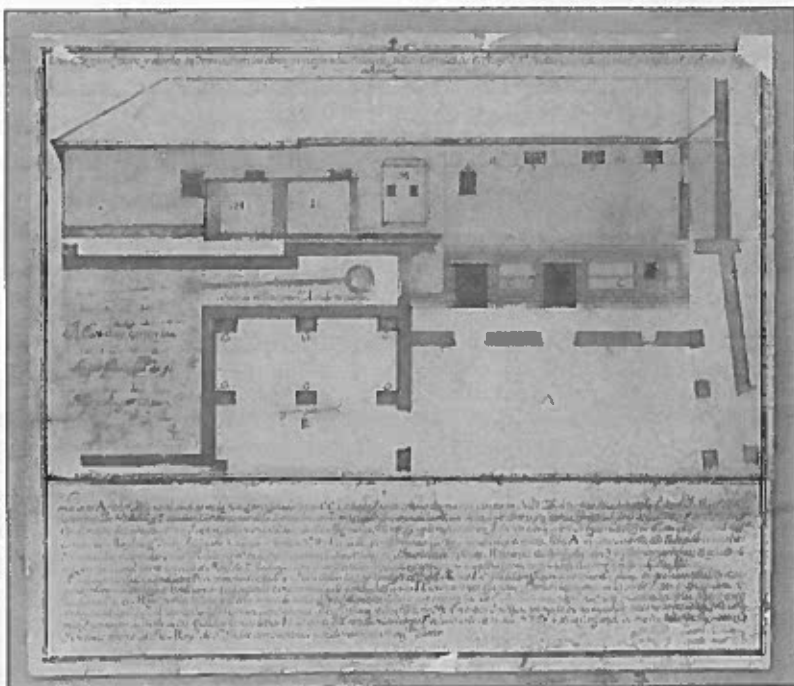
Concepción Arquitectónica del Colegio Leonés

JAVIER CABALLERO CHICA

que la tachan de agresiva y excesivamente competitiva. No obstante la expresión vital del arquitecto no debe estar sometida ni a leyes ni a normas rígidas que coarten la libertad compositiva.

La historia del Colegio tal y como lo conocemos actualmente se remonta a la década de los 60 (DF.2). El proyecto se dividió en dos fases. La primera se comenzó durante el verano de 1961. Se derribó el antiguo edificio (DF.3) y se construyó uno nuevo con fines académicos y provisto de todo tipo de mejoras (Salón de actos, patio cubierto, aulas en proporción al alumnado, etc.). Esta parte del edificio es la que cruza de este a oeste el colegio, correspondiendo al ala que va de Santa Marina a la Plaza de San Isidoro (DF.4). Los arquitectos de esta obra fueron Enrique de Paz Belinchón y Luis Crespi González.

El resultado final fue eminentemente funcional, donde lo que prevalece, ante todo, es la lógica y el aprovechamiento del espacio. Sin caer en una típica monumentalidad se desarrolla un juego de volúmenes bastante intenso a través de la concepción exterior-interior propiciado por la aparición del patio cubierto, donde la diafanidad compositiva se hace más patente y menos especulativa. La articulación es horizontal y llena de planimetría, las dimensiones nos recuerdan el abolengo más académico. La ornamentación es prácticamente inexistente, desta-



DF.1. Finales del siglo XVIII. Planta y alzado de la Casa de los Marqueses de San Isidro, planos cedidos por la Real Chancillería de Valladolid (ver el epígrafe *Un edificio singular*, en el Capítulo 2 de *Los cien años del Colegio Leonés. Una historia abierta*).

cando solamente algún refuerzo en las esquinas o terminaciones con ladrillo visto.

El edificio busca su propia estructuralidad donde los contenidos formales pasan a un plano de amplia representación de contenidos. Sobriedad, fortaleza, funcionalidad y búsqueda de la luz hacia el interior serán sus aspectos definitorios.

Todo ello sirve a los arquitectos como pretexto para dar personalidad a una parte interior del edificio que a priori se podía suponer carente de fuerza y arraigo en el contexto global.

LA SEGUNDA FASE

La segunda fase de la nueva edificación comienza el 24 de marzo de 1966 con la solicitud de Licencia de obras entregada en el Ayuntamiento de León.

La idea básica del proyecto consistía en fusionar y hacer un solo edificio de los dos existentes. El primero de ellos sería el correspondiente a la calle Descalzos nº 2 (lo que es actualmente la entrada de profesores). El segundo es el ubicado en la plaza de San Isidoro nº 6 (hoy entrada de alumnos). Ambas casas eran propiedad de la Dirección del Colegio. Los problemas surgen cuando los arquitectos municipales decretan el estado ruinoso del inmueble de la plaza de San Isidoro. Una diligencia certificada por parte del Ayuntamiento obliga a todos los vecinos a su desalojo. Éste es cumplido por parte de todos, a excepción de uno de ellos que ocupaba la planta baja con una pequeña oficina de artículos funerarios. Don Prudencio Fierro, que era el arrendatario en cuestión, se niega en rotundo a abandonar el establecimiento funerario. A partir de este momento se inicia una verdadera batalla legal entre el Colegio y el inquilino.

D. José Martínez Llamazares (Alcalde de León) aplica al Sr. Fierro el artículo 116 de la ley de Régimen Local, en la cual le obliga a desalojar el local en un máximo de 48 horas. Y una multa de 500 ptas. por desobediencia a la alcaldía. La orden el Alcalde (28 de julio de 1966) sirvió

de muy poco, haciendo el inquilino caso omiso del mandato.

En vista de los acontecimientos la Dirección del Colegio decide volver a comparecer ante el Ayuntamiento para que tome medidas. Entre las múltiples razones que se aducen para el desalojo y el posterior derribo fueron las siguientes: abombamiento de la pared de la fachada, rotura en el arco de acceso al patio, desprendimiento de parte de los muros, basamento débil, aumentando su inestabilidad al colocar ladrillo cocido que incrementó así su peso sobre tan frágil cimentación y la alineación irregular de la fachada con respecto a los edificios colindantes.

Todo esto es ratificado por el arquitecto municipal, D. Juan Antonio Miralles Sastre, el cual hace una exhaustivo examen del edificio, constatando la situación límite del inmueble y los peligros que puede entrañar para los ciudadanos. Todo este periplo burocrático continúa hasta el 31 de marzo de 1968. En dicha fecha el Ilmo. Sr. Presidente de la Sala de lo Contencioso Administrativo de la Audiencia de Valladolid decreta el desalojo y el derribo del edificio. Finalizada la parte burocrática se comienza la labor arquitectónica. El arquitecto de esta segunda fase se-

DF.2. En esta casa, de la familia Sangrador hasta su compra, vivía un médico, un zapatero y un barbero. Ocupaba una zona del actual patio, en la zona del muro próximo a la iglesia de Santa Marina. Conseguir la actual fisonomía del centro suponía en aquellos momentos un verdadero rompecabezas.





DF.5. Aspecto del edificio (h. 1957) antes del inicio de las obras, en que se respeta el "majestuoso balcón que marca la directriz estructural de todos sus componentes".

rá el mismo que en la primera edificación, D. Enrique de Paz Belinchón. Y el aparejador será D. Luis Miguel Merino Díez (DF.5).

El resultado final es una concepción armoniosa donde prima lo clásico sin estorbos visuales ni distracción ornamental. Un eje central presidido por un majestuoso balcón marca la directriz estructural de todos sus componentes. El material utilizado para la cubrición exterior será piedra del país. Los únicos elementos ornamentales son los guardapolvos que recubren los vanos cuadrangulares dotándoles de elegancia y simetría. Así como las molduras escalonadas que sirven de sustento a los puntos de iluminación.

El proyecto visto en su globalidad muestra un variado mundo de ideas donde la integración con las viejas acrópolis refleja mucho más que un simple acercamiento. Se busca, por parte del arquitecto, una integración plena, en la que lo menos importante es el lenguaje utilizado y sí una base ideológica donde poder permutar y alternar los diversos componentes. Todo este proceso metódico está basado en la sugerencia de la piedra y la propia vida informativa que de la construcción del colegio pueda ema-

nar. ¿Por qué buscar continuas obsesiones racionalistas? ¿Es válido el juego moderno sin más? ¿La implantación de nuevos materiales se hace preciso en la aceptación de círculos vanguardistas? Es probable que esto sea simplemente producto de las modas. Por contra el camino elegido es limpio y diáfano donde la sencillez se vierte en su máxima expresión. No es necesario acercarse al ámbito magistral desde planos de superioridad técnica o simplemente desde la ambigüedad arquitectónica. A veces es mejor una identificación con los valores clásicos pero altamente productivos que complicarse en verdaderos juegos de azar. Esta fachada en cierta medida nos pone en contacto con un aire romántico e ilusorio donde el lirismo espiritual se deja ver en todo su esplendor. No hay que olvidar que el gran reto consiste en fundir un preciso ambiente cultural y académico con la integración urbanística. Esto no se puede conseguir con un sometimiento sin concesiones por alguna de las dos partes. No es solo el valor arquitectónico, o el Arte como especialidad pura lo que está en juego. La armonía geométrica que el hombre como ser puede imponer se hace en muchos casos una necesidad perentoria. El tono profundo y bien fundamentado serán valores esenciales a la hora de manifestar cualquier tipo de principio.

EL ENTORNO

El Colegio Leonés no solamente tiene una importancia arquitectónica valorada en sí misma y de manera individual (DF.6). Todo el entorno que rodea el edificio armoniza y respira intensidad de formas. Por un lado la casa solariega de corte barroco, conocida popularmente como la Casa de los señores de Elosúa, da prestancia y reconocimiento a tan emblemático rincón de la ciudad. Como una piedra angular de corte urbano se establece este edificio civil. No tan solo por los valores históricos que pueda entrañar, sino también como forma modélica dentro de cualquier establecimiento formal que pueda resultar de la ca-

DF.3. La serie de fotos que poseemos, todas ellas datadas en 1961, nos muestran diversos aspectos del antiguo edificio del colegio, con sus alturas y el patio y las dos salidas, o entradas, detalle al que se hacen algunas referencias, incluso en algunos momentos una para niñas, otra para niños. Por razones de espacio, sólo podemos reproducir una.





DF.6. Perspectivas en que puede valorarse la importancia arquitectónica del colegio.

DF.4. 1962. Con resultado funcional, la primera fase del proyecto comenzó con este ala, que nos muestra fácilmente la convivencia de lo nuevo con lo antiguo.

sona. Es cierto que no hay un gran desafío de la razón, pero sí un lenguaje noble con connotaciones del propio siglo XVII, como consecuencia de la distorsión y alejamiento de formas renacentistas.

Justamente enfrente se alza el edificio perteneciente a la Comunidad religiosa Siervas de Jesús. La obra fue proyectada en 1951 por el arquitecto D. Ramón Cañas y del Río. La función de aparejador corrió a cargo de D. Mariano González Flórez. Los lenguajes arquitectónicos utilizados para la realización de este edificio se pueden dividir en dos. Por un lado el meramente funcional, donde todo estaba pensado para una buena calidad de vida de las religiosas. Por otro lado, el tratamiento puramente ornamental en que las connotaciones son muy eclécticas y en muchos casos excesivamente ambiguas. Se pasa de pequeños arcos ciegos (arcuaciones) de influencia lombarda y posteriormente catalana, a tratamientos post-escorialenses que transmiten un cierto aire regio.

Y para que no faltase nada, justamente en el centro, está la columna corintia con reminiscencias trajanas y vestigios vanidosos que no desmerecerían en cualquier foro romano.

Todo este panorama de diversas formas de expresión configuran una de los lugares más apacibles de León. La nota discordante nos viene dada una vez más por el tráfico excesivo e inadecuado para una zona del casco antiguo con tanta riqueza. Pero esto no impide que lleguemos a encontrar nuestros pasos en el Colegio y vol-

ver una vez sobre nuestras cansadas huellas. Se hace necesario la implantación de normas para vivir y de normas para construir. El nivel fronterizo entre la imaginación y lo puramente cotidiano se establece con contenidos formales llenos de sensibilidad y actitud positiva.

A la arquitectura no solamente hay que añadirle fines pragmáticos sino también existenciales, y, sobre todo, humanos. Existiendo una encadenación lógica de acontecimientos de índole artístico, el éxito está asegurado. Si, por contra, se aborda la cuestión con mimetismo y repetición de modelos tardíos y manidos, el resultado será frío y aburrido.

Las preguntas parecen obvias. ¿Nos sentimos a gusto? ¿Es el orgullo el sentimiento generalizado?, o, por el contrario, ¿es la rutina nuestra compañera de viaje? Esta es la verdadera concepción de la Arquitectura: sugerencias, sentimientos, recuerdos, añoranzas...

Si a todo esto le añadimos el componente moral que se espera de todo ser y la intelectualidad propia del centro, nos resulta una tendencia humana como un retorno, como un cuento, como un juego de magia donde a veces sabemos el truco y otras veces no. Así es nuestro Colegio por dentro y así es nuestro Colegio por fuera. Junto a esos círculos cerrados, sin fin, que albergan muchas sociedades, nosotros debemos, casi como una exigencia, rebasarlos, y proyectar nuestras inquietudes hacia amplias zonas de la minoría hereditaria de un pasado perdido, pero lleno de esperanza y de luz...

